

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 18 de Octubre de 1878.

LAS CRIADAS.

Egipto ha tenido sus plagas, Méjico su fiebre amarilla; la India sus estranguladores, Inglaterra sus pic-pocket, Rusia sus nieves, Alemania sus filósofos, Paris sus grietas... y otras poblaciones... otras poblaciones tienen sus criadas.

¿Dónde han ido aquellos tiempos en que las criadas envejecían en casa de sus amos, y asistían á la boda de los niños, convertidos ya en hombres, que tantas veces habian dormido en sus brazos cariñosos? ¿Dónde están aquellas criadas que decían «nuestra casa» al hablar de las de sus amos, y «nuestro hijo» para designar al señorito de la casa?

¡Oh temporal! ¡Oh mores! Otros tiempos, otras costumbres... quieto decir, otras criadas.

Las de ahora no saben hacer nada, pero en cambio tampoco tienen respeto á sus amos... ¡Ah! si, saben algo... saben romper los vasos, los platos, las porcelanas; y cuando se les riñe, saben contestar tranquilamente.

—Eso no es nada... ¿qué importa eso?

La que se presenta como una gran cocinera generalmente no sabe hacer nada. La que sabe algo de cocina y es capaz de barrer y limpiar el tocador sin romper las porcelanas de la chimenea, no tarda en despedirse de la casa, diciendo á todo el barrio, que no quiere permanecer allí, por que se tienen cerrados los licores y el azúcar...

Para tener una criada regular que no haga disparates en la cocina es preciso pagar quince ó veinte pesetas, y todavía á ese precio os queda mucho que desear.

Al recibir una, si su aspecto es algo agradable, vuestra primera pregunta es para saber dónde ha servido, á fin de ir á tomar informes.

Empezais así vuestras preguntas:

—¿Habeis servido?... ¿dónde?

—En casa de la señora A.... calle de la B. ... durante un año.

—¿Por qué salisteis?

—Porque mis amos se fueron á Italia; quisieron llevarme, pero yo no quise abandonar á España.

—¿Hace mucho tiempo que salisteis de aquella casa?

—Hace tres años, señora.

—¿Tres años! pero en ese tiempo ¿qué habeis hecho?

—He servido en Barcelona.

—¿Entonces hay que ir á Barcelona á tomar informes?...
—Sí, señora.

Lo siento mucho, pero no tengo deseos de hacer un viaje.

Es una costumbre que han tomado todas las criadas enviar á tomar informes á Barcelona y á veces á Madrid; algunas acaban de llegar del Congo y os invitan á que tomeis allí los informes.

Por último tropezais con una que tiene su cartilla, y que asegura que su hermano es nada menos que guardia civil. La última circunstancia no puede menos de inspiraros confianza.

—Esta muchacha, decis, se guardará muy bien de hacer nada malo por no exponerse á que su hermano la conduzca á la cárcel.

Lleva en la mano un lio de poco bulto y exclama:

—Todos mis vestidos los tengo en casa de mi hermano: ya iré por ellos.

Dos horas despues de haberse instalado en vuestra casa, la tímida doncella, que aseguraba poco antes que no le gustaba salir de casa, se apresura á decir:

—Señora, desearia ir á casa de mi hermano para decirle que me envíe mi cofre.

—Vuestro hermano ¿no sabe que debe enviarlo aquí?

—No, señora; no he tenido tiempo de decirlo.

—En ese caso, id, pero no tardeis. La criada sale y vuelve muy tarde, pero entra diciendo:

—No estaba mi hermano y he tenido que esperarle; pero no ha llegado y tendré que volver mañana.

Al día siguiente vuelve á salir por su cofre, pero no regresa hasta cerca de la noche, diciendo:

—Me ha dicho mi hermano que me lo enviará mañana.

Pasa el día siguiente sin recibir noticia ninguna del cofre. Por la tarde dicela criada.

—Mi hermano debe haberse olvidado... y el caso es que necesito un pañuelo... voy en un momento.

Y con efecto, la criada se evapora. Al día siguiente teneis que salir, pero cuando volveis no encontráis á nadie.

—¿De dónde venis?—le preguntais;—ya os dije que no debiais salir.

—Señora, fui á ver por qué mi hermano no me ha enviado todavía el cofre.

Esto dura una semana, al cabo de la cual no os queda más recurso que enviar á la criada á buscar el cofre y quedarse con él en casa de su hermano.

Tomais despues una criada coqueta que no puede ir al mercado sin po'ison, y que á veces lo conserva puesto en casa, y como es tan exagerado derriba y rompe todos los muebles. La llamais veinte veces para que acuda cuando se está peinando, en cuya operacion tarda dos horas; y si dais una vuelta por la co-

cina encontráis los peines y los botes de pomada encima de los platos y aun dentro de los pucheros.

Como no os gusta comer un guisado con pomada despéis á la criada y tomáis otra cuyo aspecto dulce y melosa voz os seduce; siempre está con los ojos bajos y la sonrisa en los labios, y cuando le mandais algo os contesta con humildad:

—Está bien, yo haré todo lo que me mandeis.

—¿Qué tomáis por la mañana?

—Tomaré lo que mande la señora.

Estais entusiasmada con una criada tan respetuosa y obediente, pero al cabo de ocho dias empiezan á faltáros pañuelos, cuellos, cintas... y como no os conviene ver desaparecer poco á poco vuestro guarda-ropa, despéis á esa criada tan amable, tan graciosa, que sonriendo siempre y hablándoos con mucho respeto, aun antes de partir, tiene cuidado de llenar de agujas vuestros colchones y hacer alguna otra fechoria.

No quiero hablaros de las que si san ni de las que tienen paisanos y primos á quienes regalan con lo mejor de la compra ó con el vino más exquisito que el dueño de la casa reserva para las grandes ocasiones. Tampoco diré nada de las dormilonas que pasan el día dando cabezadas sentadas en las sillas, y á las cuales hay que despertar cada vez que llaman á la puerta. A todas las conoceis y por lo tanto ya sabeis lo que son las criadas.

Si á lo dicho se agrega la imprescindible obligacion que teneis de permitirle á todas las que son de la provincia, asistir á las fiestas mayores y menores de su pueblo; y la impertinencia con que os piden vuestro mejor traje, para ir á llenarlo de manchas en los bailes de máscaras, donde tambien teneis que dejarlas ir, so pena de despedirlas, hace que las criadas sean insoportables.

Una señora que muda de criada cada semana, me decia hace poco.

—¡Oh! caballero, no hay medio de estar bien servida... ¡Ah! es cosa de desesperarse, de gritar.

Tuve intencion de contestarle que los verdaderos disgustos son mudos; pero me acordé de Séneca que habia exceptuado de esa regla general á las mujeres y á los loros.—P. DE K.

(De La cuna de Cervantes.)

MISCELANEA.

EL FIN DEL SOL

Se ha predicho desde hace tiempo el fin del sol. Uno de los más distinguidos astrónomos de Europa, Monsieur Faye, acaba de publicar una Memoria muy notable sobre la «con-

stitución física del sol. Se sabe que la ciencia ha hecho bajo este punto de vista progresos de la mayor importancia; las numerosas manchas del Sol han sido objeto de multitud de observaciones, proseguidas con infatigable perseverancia; su profundidad, el origen, interinidad y constancia de la irradiación solar, la superficie del astro (12,000 veces mayor que la de la tierra, esto es, 510 millones de millones de metros cuadrados); todo ha sido investigado del modo más minucioso.

No es esta ocasión oportuna de reproducir las explicaciones que dá Mr. Faye, ni analizar las teorías astronómicas que expone; nos limitaremos á manifestar las conclusiones que sienta como demostradas; son tristes, sin duda, lastimarán muchas ideas irreflexivas; anuncian á nuestra pobre tierra un porvenir desolador; pero sería pueril tratar de cerrar los ojos; por otra parte, la catástrofe se cumplirá lentamente y aun nos queda un inmenso período.

Hé aquí los funestos augurios de la ciencia:

«Debemos mirar, no como próximo seguramente, sino como inevitable, el fin del sol, que despues de haber brillado con constante esplendor durante millones de años, acabará por extinguirse. Cuando la acción solar sobre nuestro planeta llegue á disminuir, á cesar despues, la vida vegetal y animal, que mucho tiempo antes se acumulará hacia el ecuador, desaparecerá enteramente de nuestro globo. Reducido éste á las débiles irradiaciones de las estrellas, será invadido por el frío y las tinieblas del espacio; los movimientos incesantes de la atmósfera harán plaza á una completa calma; las últimas nubes habrán vertido sobre la tierra sus últimas lluvias; el mar, enteramente helado, dejará de obedecer al movimiento de las mareas. El resto de nuestro pequeño mundo, planetas y cometas, participarán de la suerte de la tierra, girando siempre, según las mismas leyes, alrededor del sol apagado; solo cuando la fuerza repulsiva del sol haya desaparecido, los cometas perderán su cola.»

Un despacho de Jamaica anuncia que á principios de este mes estalló una revuelta entre los trabajadores negros de Santa Cruz. Por noticias posteriores se sabe que los revoltosos han incendiado gran parte de la ciudad de Frederikstadt y muchas plantaciones, asesinando además á los propietarios de estas últimas.

El gobernador, al frente de unos 50 hombres, atacó en el campo á los insurrectos, les hizo muchas bajas y logró ponerlos en fuga.

La insurreccion no ha terminado todavía.